

EL TABÚ DE LA VIRGINIDAD (1)

Héctor Gallo ()*

La virginidad femenina se ha constituido en occidente en garantía de integridad física y moral. Si bien ya no es condición necesaria para una mujer merecer el respeto y el amor de un hombre, continúa teniendo gran valor en la economía psíquica de éste. Que una mujer no lleve al matrimonio el recuerdo del goce sexual con otro hombre, equivale para el elegido a la eliminación de un competidor inmediato en el plano del deseo sexual.

Encontrar una respuesta cierta tratándose de la pregunta por el pasado de una mujer, es algo que a un hombre le da la sensación de poderla captar, ya no solamente como pareja, sino también en su ser. La certeza de ser el primero en satisfacer los deseos amorosos de la pareja, no sólo aporta un sentimiento de orgullo y seguridad, sino que también le da al hombre la oportunidad de extender su monopolio monogámico hasta el pretérito de la mujer elegida.

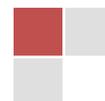
Ya no solamente tiene propiedad sobre su cuerpo, sino también sobre sus recuerdos, hecho que en alguna medida no dejará de alimentar cierto despotismo en el hombre mientras la mujer lo permita.

Ser el primero para una mujer, equivale a constituirse en iniciador, no propiamente en el plano del goce sexual porque la masturbación siempre antecede a la relación sexual, pero sí en cuanto al pasaje de la pulsión por el otro con la mediación del amor.

Servidumbre sexual y amorosa

En las mujeres que trabajosamente habían refrenado durante largos años la satisfacción de los deseos amorosos, Freud verifica que el primer encuentro sexual consentido con un hombre la conduce, independientemente del placer obtenido, a integrarlo en una asociación duradera que resulta favorable a la fidelidad. Es sobre este hecho como base, que se desencadena usualmente una servidumbre erótica en la mujer, que le otorga "capacidad de resistencia contra nuevas impresiones y tentaciones", garantizándole al hombre una posesión ininterrumpida.

Krafft – Ebing, es quien introduce la expresión "servidumbre sexual", con ella se quiere denotar algo del orden de la dependencia, no en el sentido de la simple sugestión, sino de



un poder fundado en el erotismo que aporta un hombre elevado a la categoría de único. El "servilismo sexual" corresponde a un estado en donde una mujer eleva a un hombre a la dignidad de único, no desde el punto de vista del ideal amoroso o de la identificación narcisista, sino de la satisfacción sexual. La actitud que se desprende de una posición servil es preferentemente sacrificial. Se precipita en la resolución de pareja una negación de sí mismo a favor del engrandecimiento del otro, hecho que es independiente de las cualidades reales del supuesto dominador y de los beneficios que aporta en el plano objetivo, pues se trata esencialmente de la realización de un imperativo superyoico.

Krafft – Ebing sostiene que cierta medida de servidumbre, que en el mundo actual de los derechos tendrá que ser recíproca, es indispensable para garantizar a la relación de pareja, más allá del sólo enamoramiento, una mínima estabilidad y una protección contra las tendencias polígamas que constituyen una amenaza contra el matrimonio, tal como se entiende en los países civilizados.

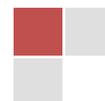
El fundamento de la servidumbre, según Krafft – Ebing, sería una combinación de dos elementos: "un grado extraordinario de enamoramiento y debilidad de carácter".

Digamos que a juicio de Freud el enamoramiento y la fragilidad son solidarios, no hay enamorado fuerte si con este término se entiende ausencia radical de servidumbre. Amor y servidumbre son solidarios, no así amor y sacrificio, porque en este punto no hay lugar a la reciprocidad. El sacrificio es del ser y siempre implica un borramiento de sí a favor del otro o de un ideal. Entonces en el sacrificio siempre hay en juego un significante amo que determina la alineación, en cambio en el campo de la servidumbre amorosa puede haber reciprocidad. Mientras la servidumbre no sea pulsional, sino que suponga una alternancia afectiva, ninguno tendrá que pasar por el sacrificio de intereses personales a favor del egoísmo narcisista del otro.

A juicio de Freud, no es la configuración del amor, la debilidad de carácter y el egoísmo, lo que determina la "servidumbre sexual", por ejemplo de una mujer respecto a un hombre, sino la "magnitud de la resistencia sexual vencida, y secundariamente la concentración y la unidad del proceso que culminó en tal victoria".

Según este planteamiento, un hombre que logra acceder sexualmente a una mujer que funda su dignidad en el hecho de haberse mantenido intacta, puede perfectamente ser elevada a la categoría de un héroe que ha vencido allí donde otros han fracasado.

Cuando para una mujer la virginidad ha llegado a tener valor agalmático, no pone en juego en relación con ella a un hombre entre otros, sino a un ser que realice su fantasma de estar con el mejor. Esta agalmatización de la virginidad no es propia de la femineidad, es algo circunstancial porque puede circunscribirse a una época o tipo de ordenamiento social vigente de las relaciones entre los sexos. Digamos que la asociación virginidad – objeto



precioso, vale tanto para una mujer como para un hombre. En cuanto es una mujer quien ofrenda el objeto – virginidad, quedará predispuesta a que en ella la servidumbre sea más frecuente e intensa que en el hombre.

Freud sin embargo hace una salvedad que remite a la impotencia masculina. Tanto la impotencia como la esterilidad, son síntomas de la pareja, porque es ahí donde se descubren y es con relación a dicho vínculo que existen. La servidumbre masculina se relaciona con la impotencia de un hombre vencida por una mujer y la servidumbre femenina, es consecuencia del vencimiento por un hombre de una potencia mental y física que constituía un fortín para la abstención. En ambos casos se trata de un goce perdido, un goce del que se siente excluido el sujeto a causa de su mal y que puede ser recuperado por la intervención de la pareja. Esta recuperación de una satisfacción perdida, es el verdadero resorte estructural del "servilismo sexual" y no la devoración del enamoramiento, la debilidad de carácter y el egoísmo, considerados por los enfoques psicológicos como la razón básica del destino trágico de algunas relaciones de pareja, en donde el hombre o la mujer mantienen una fijación erótica que no cede.

Virginidad y ceremonial

Para el primitivo la virginidad no es un pivote de la servidumbre femenina, sino un peligro del que resulta necesario protegerse. En lugar de constituir un atractivo para el hombre, la virginidad de la pareja está asociada al horror, de ahí que el privilegio de la desfloración de la joven comprometida le sea concedido a un tercero.

El tercero en juego antes de constituirse oficialmente la pareja no puede ser cualquiera. Ha de ser el representante de un poder legítimo en la comunidad – el padre de la novia, un sacerdote –, o que tradicionalmente se le haya encomendado en la comunidad la misión de desflorador.

En este contexto simbólico del ceremonial, la virginidad se constituye en un atributo peligroso de la mujer, es algo de lo cual hay que despojarla con el fin de convertirla en inofensiva para su pareja. Este procedimiento en sí mismo tiene algo de bárbaro, digamos que implica un dolor que se constituye en precio a pagar por el sólo hecho de ser mujer. Ser mujer asegura un pasaje por el dolor físico, dolor que es el efecto de una marca real, cuya finalidad es doble: por un lado neutraliza la dimensión horrorosa de la mujer en el imaginario del hombre con quien formará pareja y, por otro, la habilita en su condición femenina.

El pasaje iniciático de la desfloración puede ser manual o instrumental, producirse por el coito directo con un personaje distinto al novio, pero autorizado por una colectividad de

hombres que siguen un orden establecido para la acción. En todo caso, el elemento de estructura que se filtra en el ceremonial, cualquiera sea su particularidad, es que la mujer no se constituye como tal sino en tanto castrada. Es en su calidad de castrada que un hombre puede acceder a ella, hecho que se refleja sociológicamente en casos ceremoniales en donde el himen de las niñas es roto artificialmente, en unos aquellos desde la infancia y en otros al llegar a la pubertad.

Esta mentalidad castratoria llevada al orden de lo real, implica en sí misma un procedimiento bárbaro contra la mujer. Ella no lo escoge, pero la tradición se lo impone como la marca de la diferencia que permite su ingreso al mundo de la sexualidad. Se trata de una ilustración sociológica del mal encuentro con el goce sexual y al mismo tiempo de los esfuerzos que hace una comunidad para introducir algo que imaginariamente garantice a la pareja.

Ahora bien, aunque el dolor de la desflorada es real, el hecho de inscribirse en una tradición ritual consentida por la comunidad, evita la degradación moral de la mujer y la humillación de su pareja. No es un ritual para separarlos sino un ritual para reconocerlos como pareja y al mismo tiempo protegerlos de lo que desde el punto de vista imaginario se considera como peligroso.

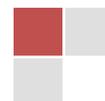
Freud lamenta que las descripciones realizadas por los investigadores, no le den la suficiente importancia a la diferencia existente entre el desfloramiento instrumental y el desfloramiento por el coito a manos de un tercero.

Aunque conserven el mismo valor ceremonial, la significación sociológica no debe ser la misma en ambos casos. Lo que sí resulta claro es la ausencia del amor como pivote de la unión de pareja, allí lo primordial es el vínculo matrimonial en sí mismo, independientemente del sentimiento. Otra distinción que no aparece en los autores consultados por Freud, es la existente entre el coito como parte de un ceremonial y el coito como signo de unión de una pareja comprometida.

Tres elementos son puestos en consideración para interpretar, desde el punto de vista sociológico, las razones del ceremonial iniciático de la desfloración. Estos elementos son: la sangre, la angustia y el horror.

Virginidad y horror

Dado que los investigadores encuentran en el primitivo un horror por la sangre, esto los lleva a relacionar al tabú de la virginidad con dicho horror, pues entre sangre y desfloración



existe no solamente una relación imaginaria, sino también real, se deducirá lógicamente que los primitivos no podían considerar la virginidad sino como peligrosa.

Freud no está sin embargo de acuerdo con esa interpretación sociológica, porque considera que entre sangre y sexualidad no es posible establecer una relación de reciprocidad. No hay reciprocidad porque la sangre es un tabú que para nada se funda sobre la sexualidad.

Si desde el punto de vista pulsional podemos hablar de una sed de sangre en el ser humano y de igual manera de impulsos homicidas no refrenados, en la sensibilidad primitiva evitar la sangre debía ser equivalente a poner un límite a la tendencia pulsional agresiva. Esta perspectiva abre una vía de análisis distinta a la sociológica, donde se establece una asociación entre tabú de la virginidad y tabú de la menstruación. Este último fenómeno fisiológico característico de la mujer, Freud lo considera en los primitivos probablemente asociado a representaciones sádicas.

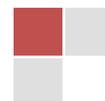
Durante el periodo menstrual las adolescentes, según algunos testimonios eran consideradas propiedad de un antepasado, representado en un animal que las había mordido y con quien estarían teniendo relaciones sexuales mientras durará el periodo.

Tenemos ahí una significación mágica del incomprensible fenómeno de la menstruación en la adolescente. Un ver virtual, cuyo valor es el de un Otro todo poderoso, la tiene como propiedad y además tiene la licencia de mandarla. El efecto real de esta concepción imaginaria consiste en convertirla en intocable para su prometido. En cuanto al efecto simbólico, este se anuda en el ceremonial colectivo de hacer pasar a la adolescente por un tercero que la purifique tomándola sexualmente.

Lo imaginario, lo real y lo simbólico, se anudan así en el ceremonial, conformando una experiencia en donde el goce que se pone en juego aparece regulado.

Desde el punto de vista de los derechos, la mujer es aquí objeto de abuso, pero en la mentalidad primitiva su desfloración más o menos dolorosa, es un acto que habilita su sexualidad en el plano del pasaje por una pareja matrimonial.

Freud en todo caso recomienda prudencia respecto al valor dado al horror primordial a la sangre, porque de lo contrario resultará imposible explicar la supervivencia hasta la actualidad, de fenómenos como la circuncisión masculina que es aún mucho más cruel. La deducción freudiana es que así como en un momento dado fue superado el horror al primer coito, siendo innecesario ya que el hombre cediera su prometida a otro, también hubo de suceder lo mismo con la sangre. Aquí es donde la interpretación psicoanalítica requiere de elementos sociológicos e históricos para convalidarse.



Otro elemento que los investigadores sociales han considerado importante en relación a los afectos que la virginidad suscitaba entre los primitivos es el de la angustia. Este afecto que en la modernidad se ha convertido en la moneda neurótica corriente para responder a todo lo inquietante, es introducido por los investigadores como un elemento al que los primitivos, quizá por su indefensión real, vivían muy predisuestos. La angustia podía actualizarse fácilmente por la precariedad de elementos simbólicos para enfrentar situaciones salidas de la norma, es decir, aquellas que caían por sorpresa.

En este sentido, el horror a la sangre y la angustia ante lo inquietante por carecer de representaciones explicativas no se contradicen. El primer acto sexual sigue siendo en sí mismo inquietante para cualquier hombre occidental y tanto más si aparece acompañado de efusión de sangre en la pareja. Aquí la sangre es al mismo tiempo lo que puede esperarse como prueba de una iniciación, pero al mismo tiempo es algo que no deja de inquietar por el imaginario agresivo que pone en juego.

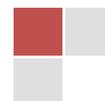
Este es un término que Lacan relaciona con lo real, esto es, con lo externo al sentido. Lo que encuentran los investigadores es que hay un vínculo estrecho entre horror y virginidad en la mentalidad primitiva, pero lo que no es evidente es el resorte de este vínculo.

La mujer como tabú

Freud plantea que el tabú no se refiere simplemente al primer coito, sino que toca toda la vida sexual de la mujer y en general todo su ser. Que la relación a ella implique un temor fundamental entre los primitivos, no significa que en el hombre este temor se inscriba como causa inconsciente de muchas de sus conductas de control frente a la mujer, sino que ésta, casi podría decirse, "es tabú en su totalidad".

La hipótesis freudiana que Lacan rescata es esta de la mujer como tabú en su totalidad, porque implica un elemento de alteridad, que en su clínica ha sido llevado lejos. Otros analistas posfreudianos como Karen Horney han tomado el sesgo del "temor masculino", conduciéndose hacia teorías que explican el machismo y la depreciación de la mujer e incluso la reverencia y devoción hacia ella, como defensas contra dicho temor inconsciente. Así se evitó lo que Lacan pone en el centro de su reflexión, a partir de esa intuición freudiana que lleva a primer plano la definición de la mujer como representante mayor de la alteridad.

Si mujer y alteridad implican algo solidario, no será sino el goce femenino el resorte del tabú, mediante el cual se le quiere aislar en cuanto a esa extraña dimensión.



Aquí la diferencia de la mujer con la madre y por supuesto con el hombre es enorme y – Freud no deja perder de vista los elementos que han causado la reflexión lacaniana sobre la sexualidad femenina. Freud resalta los elementos que hacen de la mujer un punto de alteridad: incomprensible, enigmática, singular, peligrosa y enemiga.

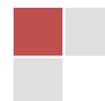
En los tabúes que la implican, el hombre aparece siempre en posición de temor. La mujer puede debilitarlo, puede contagiario de feminidad, convertirlo en impotente o castrarlo. Esto quiere decir no que la mujer sea peligrosa, sino que el goce femenino es asociado con el estrago, porque algo en ese goce siempre escapa al control. Lo vemos en nuestro tiempo cuando, por ejemplo, los deportistas de alta competencia son concentrados para mantenernos a salvo de malas influencias, entre las cuales la mujer juega papel principal.

En cuanto la mujer evoca un goce no vigilado, se torna mala influencia, algo a evitar con el aislamiento, es como si entre ese goce que la mujer transporta y los deberes que el sujeto tiene, existiera una incompatibilidad, por tal razón el sujeto del deber ha de estar separado, aislado de todo cuanto le acerque real o imaginariamente a ese goce.

El hombre del deber representa en el orden social a todo aquello que quiere convertir a la mujer en algo más amable. El lado amable de la mujer es la madre, tal como el imaginario social la hace aparecer. Equiparar la mujer a la madre, equivale a alcanzar la tranquilidad, como puede verificarse en aquellos neuróticos obsesivos que encuentran en la histérica ejemplar, la pareja – síntoma que los complementa.

La histérica ejemplar sirve al obsesivo porque ella lo pone a salvo, al menos imaginariamente, de tener que enfrentarse a la alteridad angustiante del goce que como mujer la caracteriza. En cuanto al histérico orientado en la vía del mujeriego, la histérica ejemplar le sirve para tener la garantía imaginaria de ser infiel sin ser abandonado, ni traicionado. El obsesivo convierte en familiar a su mujer cuando ésta se identifica a la esposa intachable. El histérico que busca la alteridad por fuera de su pareja, no la demanda de su esposa, ella representa la tranquilidad mientras acepte reducirse a un testigo de su goce con aquellas que no son ejemplares. La histérica ejemplar, puede llegar a ser un testigo amable y protector, cuando frente a su propio goce y el de su pareja – síntoma, interpone el deber de madre y esposa.

Se deduce que lo asociado al amor no es la mujer, sino la serie madre – esposa, a quien se le respeta no en tanto es mujer, sino en tanto es madre de los hijos. Entonces si la mujer emerge como acreedora de la hostilidad, es por encarnar lo diferente. La hostilidad no solamente se relaciona con la semejanza, sino también con la "pequeña diferencia", es una modalidad de segregación que, desde el punto de vista del goce y no de la identificación especular, se caracteriza por una repulsa a todo cuanto sea homogéneo. La hostilidad está en todas las relaciones humanas, es el efecto de una ambivalencia originaria, que sirve de



soporte a numerosas prohibiciones tabú, cuyo origen Freud remonta a un asesinato primordial.

A medida que la civilización progresa, el equilibrio disminuye, y los motivos antiguos de un tabú ceden el paso a otros nuevos. Este carácter metafórico del tabú, es lo que lo prolonga como entidad de sentido. Encontramos hoy en la neurosis obsesiva, en las diversas formas de religión y en diversas prácticas llamadas alternativas, artificiosos sistemas ceremoniales, que dan cuenta de una evolución del sentido del tabú antiguo.

Una conclusión

Allí donde se vislumbra un peligro de exceso, una prohibición será anticipada. Este hecho estrictamente psicológico es válido desde lo más antiguo de lo humano. El hombre primitivo no separaba el peligro real del imaginario, por eso tenía prohibición en relación a todo aquello que se configuraba como amenazante.

Animismo y mujer

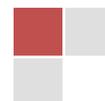
Esta es la concepción más antigua del mundo, implica dotar de espíritu a todo lo que existe, razón por la cual los objetos peligrosos se multiplican y de igual manera los protectores.

¿Porqué prolifera el tabú entre los primitivos?

No es solamente por su desamparo real, sino porque en el ser humano, en tanto ser de lenguaje, a este desamparo se vincula una agresividad que no se relaciona con la supervivencia, sino con la diferencia. Cuando la agresividad propia no se reconoce como tal, hecho que sin duda sucedía entre los primitivos, será atribuida a agentes externos que no sean objeto de preferencia. Es con este elemento psicológico, que Freud arma una hipótesis destinada a explicar, más allá de la coyuntura histórica y social, por qué prolifera el tabú entre los primitivos.

La proyección como hipótesis de trabajo aplicada al fenómeno social del tabú primitivo, permite ver en ese aislamiento de las mujeres, una significación peligrosa y amenazadora. Aunque en sí mismas y una por una no sean amenazadoras, el tabú las coloca ahí.

En el caso de la desfloración por un tercero para proteger a la pareja, el peligro de esta es psicológico y no físico. La pérdida de la virginidad no es para una mujer un acto rutinario, sino algo que pone en movimiento diversos complejos inconscientes.



Vemos que en la actualidad la primera relación sexual no es sinónimo de felicidad en el goce, sino más bien el encuentro con algo ingrato, el momento de quitarse un peso de encima o de realizar una transgresión básica. Freud dice que una mujer por primera vez iniciada en un goce sexual distinto al masturbatorio, es común que responda a la pareja con frialdad e indiferencia, antes que con agradecimiento.

Esta otra forma del encuentro con el goce, denominada desfloración, está en la serie de lo traumático de todo encuentro con lo real, por eso la norma es la frigidez inicial y pasajera, que se espera vencer de forma gradual mediante la repetición diferencia del acto.

El tabú de la virginidad, en consecuencia, no es más que otra de las tantas maneras de verificar en lo social, que el encuentro con el goce sexual está lleno de dificultades y de reacciones inesperadas. Un gran esfuerzo amoroso es necesario para que la relación al otro sexo, no solo en el caso concreto de la desfloración, sino en la generalidad de los encuentros, pueda pasar por el vencimiento de la usual frigidez inicial de la mujer.

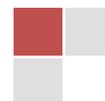
Hay tres elementos de análisis que Freud tiene en cuenta para interrogar la usual reacción paradójica de la mujer occidental frente a la primera relación sexual:

- a) El dolor provocado por el desfloramiento
- b) La ofensa narcisista concomitante a la destrucción del órgano y
- c) Una fijación incestuosa de la libido.

No hay relación sexual

Cuando Lacan dice que no hay relación sexual, evoca algo del orden del desengaño freudiano respecto al encuentro con el otro en el plano del goce. Del goce no se desprende el amor y la consideración, sino un sentimiento de infortunio, porque lo esperado no concuerda con lo obtenido. En el primer coito lo esperado es la felicidad, pero lo obtenido es el goce, no en el sentido del placer, sino de una puesta en conflicto de la mujer porque su reacción suele ser agresiva, aunque el hombre se comporte de una manera que no justifique dicha reacción.

En la desfloración hay un dolor real y también una herida narcisista, desaparece un atributo por la intervención más o menos violenta del hombre. La pérdida del atributo de la virginidad puede ser vivida como una agresión en términos fálicos o también como un acto que inaugura una obligación de someterse. Este elemento es imaginario y varía según la



manera como cada mujer se ubique, a partir de su historia, frente al desencuentro propio de la relación sexual.

La virginidad no es solamente un valor positivo para una mujer, también puede constituirse en un valor negativo, en algo de lo que puede resultar indispensable desprenderse. La virginidad va desde lo más precioso, hasta lo menos necesario de conservar, en todo caso no es para ninguna mujer algo indiferente, por eso el hombre iniciador, independientemente de cómo se comporte, quedará siempre asociado a la producción de un daño narcisista.

Pero más determinante que la posible rabia de la mujer por el dolor real experimentado antes de la satisfacción posible y que la herida narcisista sufrida por la pérdida, es el sentido de traición a los preceptos paternos cristalizados en los prejuicios culturales.

Este sentimiento de traición debía ser muy común en la época victoriana que es cuando Freud escribe este texto, es un sentimiento en el que se expresa algo del oren de la responsabilidad del sujeto y entre las maneras de manifestarse se encuentran los afectos de agresividad y de tristeza. Frente a una pérdida, estos dos afectos suelen manifestarse simultáneamente. Será necesario estudiar como se ha modificado hoy la significación de la virginidad y por tanto la reacción de la mujer ante su pérdida.

Freud hace una interpretación edípica de la reacción de la mujer frente a la desfloración. Considera que en el amor de una mujer el primer puesto es ocupado siempre por alguien que no es el marido, esto constituye un factor psicológico en contra del desflorador, porque lo sitúa más como agresor que como un ser que quiere la protección y el placer de su dama.

Cuando una mujer va a la cama, incluso en los actuales momentos en que el discurso feminista ha desmitificado este acto, suele llevar al padre, a la madre, al hermano mayor, mientras tanto el hombre lleva mínimo a su madre y a la amante con la que más ha gozado o anhelado gozar. Esta multiplicidad de personajes inevitables en una relación sexual, complejizan el encuentro primero de una mujer y un hombre.

Entre "más poderoso es el elemento psíquico en la vida de una mujer, mayor resistencia habrá de oponer la distribución de su libido a la conmoción provocada por el primer coito sexual y menos poderosos resultarán los efectos de su posesión física" (2).

El elemento psíquico al que se refiere Freud, es el correspondiente a la moralidad paterna – cultural. Cuyo efecto es de inhibición de la distribución de la libido de acuerdo a los anhelos del sujeto. En la actualidad los efectos morales de hecho son menores, sin embargo esto no ha traído por consecuencia una más tranquila distribución de la libido sexual, pues si antes se pecaba por efecto, hoy se peca por exceso y asociado a esta dimensión aparece el orden de la enfermedad contagiosa como un nuevo motivo de angustia, ansiedad y rabia. Si antes la conmoción provocada por la sexualidad se asociaba con el prejuicio, hoy se asocia



con el peligro, nuevo elemento que viene a configurarse como un significante que invita a la abstención – como antes lo hacía el elemento moral – o a la exclusividad, seguro imaginario del que una mujer moderna disfruta respecto a su compañero.

Entonces ya no tenemos la misma intensidad de la oposición moral al goce de la mujer porque lo han ganado como derecho, pero está el peligro real del contagio, hecho que determina una redistribución de los goces tanto en los seres femeninos como en los masculinos y determina una vez más un llamado a la fidelidad monogámica.

Impulsos psíquicos contrarios a la función femenina

Antiguos impulsos reprimidos suelen actualizarse con la primera relación sexual. La relación al otro sexo es un detonante de elementos contrarios a la satisfacción sexual esperada por la mujer.

Los impulsos contrarios al buen encuentro son tres:

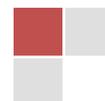
- a) La envidia fálica, que no es equivalente al deseo de ser hombre, sino que apunta al anhelo de un significante de la completud imaginaria.
- b) El deseo inconsciente de castrar a un hombre, es decir de convertirlo en impotente.
- c) La hostilidad femenina contra el hombre.

Estos elementos estructurales inciden negativamente sobre el placer de la mujer en la vida amorosa, aunque el sentimiento por su pareja pase por la ternura.

Freud se refiera a una controvertida fase masculina de la mujer, "durante la cual envidia al niño la posesión de un pene". Esta envidia no supone que ella quiera uno, sino que quiere ser feliz y como es anterior a la elección de objeto y es solidaria del narcisismo primordial, es así como puede responder al descubrimiento de su castración.

La relación de la envidia con el narcisismo, se constituye en el fundamento inconsciente de la proclama femenina de la igualdad con el hombre imaginario que las atormenta, es decir, aquel a quien se le suponen todas las ventajas.

Entonces no es que las mujeres envidien a los hombres o quieran agredirlos, porque el problema no es con el género sino con la relación al goce que tiene cada uno. El hombre que una mujer quisiera castrar es aquel a quien se supone ha sido injustamente privilegiado por el orden social, un ser imaginario que goza de todos los atributos y que es injusto con el



género femenino. El hombre que no se hace valer, ninguna necesidad hay de castrarlo porque ya lo está. Siempre se quisiera castrar y esto vale tanto para las mujeres como para los hombres, que se presentan bajo la forma del más. Quien comporta el más, despierta el impulso a castrarle para despojarlo del plus de goce que las supuestas ventajas fálicas le permiten.

Esto quiere decir que detrás de todo movimiento de emancipación, aunque los motivos sean justos, siempre se oculta una intensa hostilidad contra todo aquel que represente la diferencia. Lo que hace Freud es establecer una relación íntima entre la hostilidad y la insatisfacción, pero de ninguna manera encontramos en su teoría una relación de causa – efecto a este nivel. Toda mujer insatisfecha suele ser hostil con su pareja y en general con los hombres, pero dado que la insatisfacción corresponde al deseo y no es el efecto de una situación conyugal, también se encuentran mujeres insatisfechas que son santas y tolerantes y otras que entre más reciben más exigen.

Actualmente encontramos mujeres que se oponen a toda promesa de servidumbre a nombre del amor, no simplemente porque reclaman justicia distributiva, sino porque además han conquistado un aspecto de dignidad con su ser y lo hacen soportar más allá del amor que pueden estar esperando de un hombre.

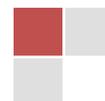
El tabú de la virginidad no es más que un modelo psicológico que permite a Freud dar cuenta de la existencia de una reacción arcaica de la mujer, que difícilmente se agota, se controla o vence por el amor de un hombre y sus buenos tratos.

Amor a un hombre

Amar a un hombre no es antídoto suficiente contra una especie de veneno que hay en la femineidad. Este veneno es el que Lacan privilegia cuando se refiere al goce femenino y lo define como extraño a la ley de la regulación fálica.

Esta vertiente mortífera de la mujer asocia veneno y belleza, considerando que se trata de algo capaz de provocarle a un hombre la cura y la muerte. La hermosura de la mujer aparece en la tragedia de Judit y Holofernes como un significativo venenoso, es la perdición para un hombre y si éste causa la indignidad del ser femenino se convierte en un decapitado, en reo de una venganza feroz, cuyo corolario lo encontramos en la hostilidad fundamental que constituye la esencia de la relación entre los sexos.

Las dos reacciones contrapuestas de servidumbre y hostilidad pueden manifestarse en una mujer al mismo tiempo y permanecer entrelazados. Los casos patológicos, dice Freud, muestran a mujeres aparentemente desligadas de sus maridos maltratantes, pero sin



embargo no logran separarse de ellos "cuantas veces intentan orientar su amor hacia otro hombre que si les dé un buen lugar, se los estorba la imagen de sus maridos al que sin embargo, no aman"(3).

La clínica analítica demuestra que cuando este fenómeno se presenta en una pareja, lo que sostiene a una mujer con su marido ya no es el cariño sino la servidumbre. Habrá en cada caso que observar las características particulares de esta servidumbre. Puede ocultarse bajo motivos económicos, bajo la comodidad de la que pueda estarse disfrutando, sostenerse de un ideal de dar buena imagen a los hijos, evitándoles supuestos traumatismos inútiles.

Un motivo más extremo que Freud evoca como explicación de porqué algunos mujeres que son maltratadas se quejan pero no abandonen al supuesto verdugo, es el de no haber conquistado aún el sentimiento de haber terminado de vengarse del hombre que les amargue la vida. Este impulso vengativo no siempre se hace consciente, entonces la mujer puede permanecer ahí porque a su juicio es algo que le tocó en suerte o solo considera inocuo buscar otro hombre al que le supondrá iguales o peores defectos. Siempre resulta enigmático entender porqué aún en el mundo de los derechos, una mujer puede permanecer atada a un hombre que esencialmente la maltrata en forma física o psicológica e incluso defenderlo si por vía legal se le pretendiera perjudicar con una sanción.

Citas

1. FREUD, Sigmund, "El tabú de la virginidad", en *obras completas*, Editorial Biblioteca Nueva – Madrid. 1972.

Nota: Este trabajo sobre la vida amorosa es construido enteramente siguiendo el texto de Freud "El tabú de a virginidad", por tal razón cada entrecorrido que se encuentre corresponde a dicho texto.

2. FREUD, Sigmund, op-cit, p. 2450.

3. FREUD, Sigmund, op-cit, p. 2453.

(*)Héctor Gallo Psicoanalista

Profesor Departamento de Psicoanálisis Universidad de Antioquia

